



Y LLORÓ LA ALHAMBRA

José Cardona Andújar

Y LLORÓ LA ALHAMBRA



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Cardona Andújar

© Imagen de portada: José Vicente Cardona Jiménez

ISBN: 979-13-88411-26-7

ISBN digital: 979-13-88411-27-4

Depósito legal: M-21700-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A la familia, mi verdadera patria.

ÍNDICE GENERAL

PRICIPALES PERSONAJES.....	11
ANUNCIACIÓN.....	13
Capítulo1 RASHIDA-BINT-AISHA.....	17
Capítulo 2 LA CAÍDA DE GUADIX.....	33
Capítulo 3 TEMOR EN LA ALQUERÍA.....	49
Capítulo 4 EL CAMINO.....	65
Capítulo 5 UNA PIEZA DEL DESTINO.....	81
Capítulo 6 SOSPECHA.....	97
Capítulo 7 VIVIENDO UNOS SUEÑOS.....	113
Capítulo 8 ESPERANDO.....	133
Capítulo 9 EL PROYECTO DE LA ESPERANZA.....	155
Capítulo 10 ALEGRÍA EN AL-BAYZÍN.....	171
Capítulo 11 HUYENDO DEL PASADO.....	189
Capítulo 12 PODEROSO DESTINO.....	211
Capítulo 13 EL QUE TODO LO VE... LO SABÍA.....	235
Capítulo 14 RECORRIENDO LA SENDA DE LA VIDA.....	255

Capítulo 15 Y PARECIÓ LLEGAR LA FELICIDAD.....	283
Capítulo 16 EL DESTIERRO DE UNA CULTURA.....	305
Capítulo 17 AL OTRO LADO DEL MAR.....	325
Capítulo 18 TEMPUS FUGIT.....	345
Capítulo 19 EL OLVIDO DE ALLAH.....	367
Capítulo 20 LA DESGRACIA NUNCA VIENE SOLA.....	389
Capítulo 21 UN VIAJE HACIA TIERRAS DE CASTILLA.....	409
Capítulo 22 LUTO Y DECISIONES EN LA ALQUERÍA.....	425
Capítulo 23 PRIMER GALARDÓN AL ESFUERZO.....	443
Capítulo 24 FINAL DE TRAYECTO.....	461
Capítulo 25 Y FRAY HERNANDO HIZO EL MILAGRO.....	473
Capítulo 26 EL MAÑANA DE LOS HIJOS DE ZUHAYR.....	495
Capítulo 27 LA AMBICIÓN PÚRPURA.....	515
Capítulo 28 EL HADO INEXORABLE.....	537
Capítulo 29 LA ESPADA JOVEN.....	559
EPÍLOGO.....	569
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	583
GLOSARIO.....	591
BIBLIOGRAFÍA.....	597

PERSONAJES PRINCIPALES

HISTÓRICOS

ABU-KASIM AL-MULEY, consejero de Muhammad XII

AIXA, madre de Boabdil

ÁVAREZ DE TOLEDO Y PACHECO, FRANCISCO, segundo conde de Oropesa

FERNANDO EL CATÓLICO, rey de Aragón

FRAY HERNANDO DE TALAVERA, primer arzobispo de Granada

FRAY TOMÁS DE TORQUEMADA, inquisidor

ÍÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA Y QUIÑONES, alcaide de la Alhambra

ISABEL LA CATÓLICA, Reina de Castilla

JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco, cardenal

MUHAMMAD XII (BOABDIL), último sultán del reino nazarí

PEDRO GONZÁLEZ DE MENDOZA Obispo de Sigüenza

PEDRO NAVARRO, militar y marino español

YUSUF-IBN-COMIXA, visir de Muhammad XII

DE FICCIÓN

ABBAS, hijo mayor de Zuhayr

ABDULLAH, padre de Hasán

AISHA, segunda esposa de Zuhayr

AMIM, alto mando del ejército nazarí

DALILA, hermana de Hasan
FAYSAL, hijo menor de Zuhayr
HASAN, esposo de Rashida
KALIQ, preceptor y maestro de Hasan
KASIB, capitán del ejército nazarí
NAMIR, soldado nazarí
NASHIDA, segunda esposa de Abdullah
OMAR, representante de El Zagal en Granada
RASHIDA, hija de Zuhayr, la amada de Hasan
SABRIYYA, criada personal de Rashida
ZUHAYR, comerciante granadino

ANUNCIACIÓN

Alguien dijo que la Historia la escriben primero los vencedores,
pero después la reescriben los vencidos.

ALBERTO SÁNCHEZ, pintor y escultor

La derrota tiene una dignidad que la victoria no conoce.

JORGE LUIS BORGES, poeta

El texto de nuestro destino está desde el principio escrito. La
dificultad está en saberlo leer.

ANTONIO GALA, escritor

No educas cuando impones a Dios, sino cuando lo haces
presente con tu vida.

RENÉ TROSSERO, escritor y psicólogo

Capítulo 1: RASHIDA-BINT-AISHA

Amare et sapere vix deo conceditur¹

PUBLIO SYRO (Sententiae, 22)

En la vida de cada ser humano hay un primer encuentro con el dolor. Un momento, casi siempre inesperado, que ha de enfrentar el sufrimiento y exige aprender a soportar todo aquello que le hiere. Rashida, por más que sus antecedentes familiares fueran xerifes², no iba a ser una excepción.

Y ese día, indeseado e inevitable, había llegado para ella.

Zuhayr-Bin-Ahmad, su padre, próspero y apreciado comerciante de la ciudad, dispone de varios puestos en el zoco granadino y en otros barrios de la ciudad, en los que vende especias, perfumes, seda... y surte de lana a tejedores de la capital y en otras poblaciones nazaries.

Es un hombre, en armonía con el origen de sus ancestros, sumamente piadoso, practicando a diario, cualesquiera sean sus circunstancias, todas las oraciones preceptivas, habiendo cumplido hacía ya tiempo, como buen musulmán, la obligada peregrinación a la ciudad santa de Makab³. Cuando está en Gharnata⁴, jamás deja de asistir a la jutba⁵ en la Mezquita mayor. Y dondequiera se hallara, dependiendo de la posición del sol, cumplía todos los rezos propios de un musulmán responsable. Salvo fuerza mayor, entra en

1 «Amar y ser razonable apenas es concedido ni a los dioses».

2 Etnia árabe descendiente directa de Muhammad-Ibn-Abdallah, el Enviado de Allah.

3 La Meca.

4 Granada.

5 Sermón de los viernes.

oración antes de amanecer, instantes después de mediodía, a media tarde, en la anochecida⁶, así como el rezo del isha poco antes de medianoche. Se siente orgulloso de no haber faltado a estos santos preceptos en su ya larga vida.

Mantiene buenas relaciones económicas con solventes mercaderes cristianos, castellanos, genoveses y reinos islámicos de oriente y norte de África que abastecen el exigente mercado nazarí.

Esto le obliga a viajar con cierta frecuencia a las pujantes ciudades del Magreb, en especial a Maliliyya, Fas, Tanja, Waharan o Al-Qahira⁷.

Al escrupuloso cumplimiento de las obligaciones religiosas, une Zuhayr un estricto respeto a sus compromisos comerciales y económicos en general. Esto hace que su persona sea bastante conocida en Gharnata y en todo el territorio del emirato. Y aún más allá de sus fronteras.

De su media docena de hijos, dos varones y cuatro hembras, los mayores nacieron de su primera mujer, Azahara, ya fallecida, en tanto que Rashida es el único fruto de Aisha, la segunda de sus esposas, quien haciendo honor a su nombre, le hizo vivir de nuevo con ilusión. Quizá por eso, la más joven de sus hijas es para él la preferida.

Los dos vástagos varones llevan ya tiempo casados: Abbas, con Basima-bint-Asma, y Faysal con Fátima-bint-Zais. Ellos son quienes dirigen, en su nombre y bajo su asesoramiento, los negocios en Gharnata y los distintos lugares del sultanato, funciones que desempeñan a su entera satisfacción. También desposadas están las tres hijas, Yameleth, Zurah y Kamila, con miembros de la aristocracia local las dos primeras, y la tercera con el único hijo de un terrateniente de la vega. Por tato, tiene puestas en esta última etapa de su vida todas las esperanzas en el futuro de Rashida.

Esta, en una soleada, pero fría, mañana del último día de diciembre, otorgada la correspondiente autorización de Zuhayr y

6 Denominados, respectivamente, *fair*, *duhr*, *asar* y *maghrib*.

7 Melilla, Fez, Tánger, Orán y El Cairo, respectivamente.

acompañada, como hace siempre en estos casos, por dos criadas, Sabriyya y Adila, sale de su lujosa casa en la parte oriental de Al-Bayzin al objeto de comprar diferentes productos para uso personal. Se dirigen en dirección a la Alcaizería. Su intención es visitar las tiendas de ropa en la calle de los Sederos y, en caso de no hallar allí aquello que precisan, irán a locales de laneros y artesanos de la seda situados en torno a la Mezquita Mayor de la ciudad.

Viste hoy camisa blanca de algodón, una chilaba, sin capucha, hasta los pies y, dada la fría época del año, porta un largo abrigo negro de lana. Por orden severísima de su padre, contrastando con muchas mujeres, cuando sale de casa llevaba, simbolizando su identidad religiosa, un hyyab negro cubriendo cabeza y pecho. Zuhayr, nunca hubiera consentido otra cosa.

Dan, previamente, un paseo por el dédalo de callejuelas del barrio judío y al no hallar lo que buscan cruzan el Darro por el Puente del Baño de la Corona, dejando a su izquierda las majestuosas murallas y edificaciones de Al-Hamra, corazón de la ciudad y símbolo del sultanato nazarí. La mayoría de las humildes viviendas del barrio presentan amplios voladizos y balcones y ventanas se esconden en celosías de madera, protegiendo las salas interiores de radiaciones solares y de la vista de peatones curiosos.

Pasean poco después por la plaza Al-Rambla, lugar de justas, desfiles militares y torneos, visitando los principales comercios abiertos en el laberinto de callejas que la circundan y ya bastante concurridas en aquella hora del día.

Entrando en uno de ellos, Rashida compra algunos perfumes para su aseo personal, en concreto unas esencias de rosa y almizcle, cuyos aromas tanto le gustan a su amado Hasan, ausente ahora en sus campañas militares. Preguntan en una tienda de tejidos, pero no encuentra ninguno que, por calidad o precio, la satisfaga plenamente. Como hija de mercader, estudia con rigor todo aquel producto que desea adquirir.

Y siguiendo su programa, ponen rumbo, guiadas por el majestuoso alminar del templo mayor, hacia otros lugares comerciales.

Decide, como ya tenía previsto, trasladarse a la cercana Alcaicería situada en las inmediaciones de la mezquita, esperando encontrar los productos que necesita en las reputadas artesanías instaladas allí, algunas de ellas regentadas por hebreos desde hacía siglos. Al cruzar bajo el arco islámico de entrada a una de sus angostas calles, como lo eran todas las que componen aquel laberinto urbano, amainan el paso fijándose en las variadas ofertas de las decenas de comercios allí ubicados.

Entran en uno que trabaja especialmente tejidos de lino en procura de un vestido color granate para ella y dos sayas de lana para cada una de las siervas que la acompañan. Es difícil decidirse por el primero, debido a la gran variedad de modelos que ofrece el matjal⁸. Más fácil les resulta adquirir la ropa de sus acompañantes, aunque, finalmente, eligen todo lo que precisan. Abonan el importe solicitado y salen de nuevo a la encrucijada de calles y plazuelas que conforman el entorno urbano del barrio comercial

Al llegar a un de sus plazas, la que llaman de los Gelices, observan, asustadas, un grupo numeroso de individuos vociferantes, algunos con actitudes violentas. Por suerte, un poco apartado de aquella tangana, Rashida identifica a un mercader a quien conoce por haberlo visto con su padre en varias ocasiones. Se acerca hasta él y, tras los saludos de rigor, le pregunta por la causa de tanto alboroto.

—Al parecer se han enterado de la toma de nuestra amada Wadi Ash⁹ por las tropas cristianas. Según se comenta, ha habido numerosos y encarnizados enfrentamientos que han causado centenares de víctimas, tanto de soldados como entre la población civil.

—¡Allah se apiade nosotros! —exclamó Rashida, interrogando acto seguido a Gamal, que así se llama el comerciante judío—. Mi querido amigo, ¿se sabe si ha habido muchos supervivientes? ¿Qué ha sido de la guarnición militar acantonada allí?

—No conozco esos datos, es todo muy confuso, pero deduzco, por lo oído aquí y allá, que han resultado muertos el gobernador

8 Comercio, tienda.

9 Guadix.

de la plaza y muchos, muchísimos, de los hombres a su mando — responde—. Tanto es así, se comenta, que la ciudad se ha rendido sin condiciones.

Rashida comienza a sollozar apoyando, desconsolada, su frente en el hombro del hebreo. Esto alarma a Gamal, buen amigo de la familia y a la que aprecia

—¿Qué te sucede, mi niña Rashida?

—¡Ay, mi amigo! —y con angustia creciente, prosigue—: Mi prometido Hasan forma parte de las tropas zegríes de esa plaza fronteriza, que, según lo que habéis escuchado, ha dejado de serlo. ¿Vos creéis que habrá sobrevivido a esa matanza?

Las siervas se le acercan intentando consolarla.

Gamal, por su parte, le hace un gesto con sus manos indicando que desconoce la respuesta a esa pregunta. Si bien, intenta transmitirle esperanza.

—Se dice que el destacamento ha sido prácticamente aniquilado, aunque también sé que, ya sin posibilidad de evitar la caída de la ciudad en manos de las tropas enemigas, algunos militares y civiles han escapado buscando refugio en las montañas cercanas. Tal vez Hasan pueda ser una de esas personas —y echando mano de su fe, ruega—: ¡Dios lo quiera!

El numeroso grupo continúa excitado ante las proclamas de algunos que gritan consignas nada tranquilizadoras para la jefatura y gobierno del Estado.

—¡Que dimita el sultán!

—¡Queremos autoridades que nos defiendan de nuestros enemigos!

— ¡Fuera Muhammad XII! —gritan los más exaltados.

Estas soflamas, estratégicamente voceadas siempre por los mismos, enardecen a una multitud cada vez más excitada y agresiva.

—¡Vayamos a Al-Hamra! —grita una voz.

—¡Vayamos! —brama otro de los manifestantes, que, subiendo el tono de su voz, justifica la acción propuesta—. ¡Que sepan que rechazamos sus intenciones pacifistas!

—¡Pidamos la dimisión del sultán a favor de su tío! —dice otro, que es largamente ovacionado.

Inician su marcha hacia la residencia oficial del emir y sus visires sin dejar de gritar amenazadoramente estas y otras diatribas semejantes.

Según avanzaba el grupo, algunos de los transeúntes se sumaban a la manifestación.

Ante los graves acontecimientos presenciados, que amenazan con extenderse por toda la ciudad y ponen en cuestión el orden público y la seguridad de los ciudadanos, Gamal, muy preocupado y sintiéndose obligado moralmente a ello por la amistad que le unía con Zuhayr hace muchos años, se dirige a Rashida y las dos siervas que la acompañan, intentando elegir bien sus palabras para no alarmar en exceso.

—Mi querida niña, te aconsejo que las tres regreséis a casa lo antes posible, pues el ambiente es cada vez más peligroso —y mirando a la hija de su buen amigo, se ofrece a acompañarlas—. Yo iré con vosotras.

Bajo la compañía y protección del hebreo, se dirigen hacia Al-Bayzin¹⁰. Ya ante la bawaaba¹¹ de su casa, se despide el judío, contento de haber prestado un buen servicio a su amigo Zuhayr.

—¡Que Dios os proteja! —y le recuerda— Saluda a tus padres en mi nombre, querida niña.

Tras una suave reverencia de cortesía, inicia el camino hacia donde quiera que fuese.

Al entrar en casa, Rashida ordena a las criadas que la esperen en sus aposentos y decide ir a ver a su madre. Aisha ocupa lugar preferente en el palacete de Zuhayr y allí dirige sus pasos.

La encuentra realizando labores de bordado, su tarea preferida. Rodeada de madejas de hilo, trabaja hábilmente en su excelente bastidor de bambú, el de más alta calidad que se ofrece en el bazar. En su mano derecha, la aguja de ojal ancho necesaria por el grosor de las hebras que utiliza.

¹⁰ Albaicín.

¹¹ Puerta.

En el silencio tranquilizador de la sala, las puntadas siguen con fidelidad milimétrica las líneas del dibujo que le sirve de modelo. Esta vez la ilustración representa uno de los granados que hay en el jardín.

Al notar la presencia de su hija, interrumpe su labor y la mira solicitando que diga el motivo de su visita. No obstante, concreta:

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—Sí, madre, pero mi visita, además de saludarte, se debe a mi deseo de tener noticias de mi padre.

—¿Noticias de tu padre? —interpela extrañada.

—Sí, necesito hablar con él urgentemente —explica—. ¿Sabes si regresará a casa esta tarde?

—No lo hará, ya que tiene varias reuniones de negocios, pero me dijo que estaría aquí al anochecer, a la hora de la cena. Por tanto, podrás verlo hoy mismo. Y ahora, no tardando, almorzaremos. Nuestro cocinero está preparando para hoy una carta exquisita. Según me ha dicho, comenzaremos con una ensalada de espinacas frescas, trocitos de queso, uvas pasas y vinagreta de tomate y después nos deleitará con medallones de pollo relleno con verduras, frutos secos y salsa de miel junto con una guarnición de arroz. Y finalizaremos con el postre de pastelillos con pasas moscatel y piñones. Y la tarta. Creo que no me dejo nada. ¿Qué te parece, hija mía?

—¡Oh, una maravilla, ya sabes que sobre todo el postre incluido en el menú es uno de mis preferidos! —aprueba.

No obstante, Aisha percibe la cara excesivamente seria de su hija, algo no habitual, y observa su mirada preocupada, lejana, como perdida... y un tanto triste.

—¿Tienes algún problema, Rashida?

Esta duda la respuesta.

No desea preocupar en exceso a su madre con algo que, de momento, no pasa de ser una simple hipótesis nacida del temor que siente por la suerte de su prometido.

Sin embargo, considera que algo debe decirle. El cariño que siempre ha sentido por ella se lo merece. Pensó, está segura de

esto, que verla así la preocuparía más que si le manifiesta sus inquietudes.

—Madre, las tropas cristianas se han adueñado de la ciudad de Wadi Ash tras sangrientos combates, donde han perecido bastantes soldados.

Queda en silencio un instante comprobando el efecto que la noticia provoca en Aisha.

—Estoy muy preocupada por la vida Hasan, lo que me causa intranquilidad —concluye abatida.

Lágrimas que no puede evitar corren por sus hermosas mejillas.

De inmediato, movidas por su instinto, ambas se abrazan en un intento de consolarse mutuamente. Es la madre quien, en primer lugar, saca la fuerza suficiente para hablar.

—¡Alá Akbar!¹² Él proveerá, hija —y tratando de sacar de aquel estado altamente emocional a Rashida, pregunta—: ¿Es por esto que deseas hablar con tu padre?

Asiente con un gesto, sin abandonar su tristeza e incapaz aún de pronunciar palabra alguna. Continúa hablando Aisha:

—Tranquilízate. Ya debe estar preparada la comida. Ven, acompáñame a las cocinas y lo confirmaremos.

Y echándole su brazo por los hombros, la conduce hacia la zona de servicios de la amplia mansión. Llegadas a ella, todo es actividad entre unos aromas que despiertan el apetito.

Nasir se les acerca solícito.

—Todo está a punto, mi señora, para servir el almuerzo tan pronto como vuestra señoría lo requiera —ofrece haciendo una reverencia prolongada—. ¿Ha regresado el amo?

—No. Comeremos mi hija y yo solamente.

Una vez concluido el almuerzo, ambas deciden retirarse a los aposentos de la madre. Ya en ellos, se abrazan de nuevo.

Esta vez es Rashda quien rompe el silencio.

—Esta tarde, antes del regreso de mi padre, deseo asistir con mi

¹² ¡Dios es grande!

criada, la paciente Sabriyya, a los baños para alhamaamat¹³, siempre que me concedas tu beneplácito, mi querida um¹⁴. Como sabes, por las tardes es nuestro turno en los hammam¹⁵.

—Si ese es tu deseo, hija mía, ve. ¡Que Allah, el Custodio, te acompañe!

Cuando Rashda llega a la estancia que tiene asignada, llama a su sierva, quien, sin tardar, se presentó ante su joven ama como ella la llama.

—¿Desea algo, mi señora?

—Sí —replica—. Tan pronto como puedas, prepara lo necesario para ir a tomar un baño. Saldremos hacia allí cuando esté todo listo.

—Sí, joven ama.

Una vez llegadas al complejo de aseo y purificación, y tras calzarse las chancas para evitar las bacterias, pasan por dos salas de relajación y adaptación de sus cuerpos a un clima más templado que el de la calle. En ellas se van encontrando ya más tranquilas y Rashida comenta con su criada los últimos acontecimientos sucedidos en la ciudad y la alarmante situación que la pérdida de Wadi Ash estaba provocando.

A pesar de ello, poco a poco sus cuerpos reaccionan con placer a la agradable calidez del ambiente. Sin embargo, Rashida no puede apartar de su mente la incertidumbre por la suerte de su amado Hasan, de quien nada sabe desde hacía tiempo. Espera con ansiedad el momento de hablar con su padre por si él pudiera aportar, debido a sus relaciones, la información que tanto anhela.

Realizadas dichas actividades, pasan a una tercera estancia donde la temperatura alcanza casi los cincuenta grados.

Ya allí, un copioso sudor humedece su piel y dilata los poros, relajando sus músculos que optimizaran los acostumbrados masajes posteriores. Los hornos de leña de la parte inferior de la construcción cumplían perfectamente su objetivo.

13 Mujeres.

14 Madre.

15 Baños.

Recibidos los masajes, se visten de calle, e inician el camino de regreso a su familiar palacete de residencia.

El sol ya se ocultaba en el horizonte. Dada la época del año, pronto vendría la noche, hacedora de sueños, después de un opaco y breve crepúsculo. Su padre, piensa Rashida, estaría a punto de regresar, si no lo había hecho ya.

Al abrirles el criado la puerta de entrada, ve con alegría que su progenitor descansa de su larga jornada laboral y pasea por el amplio patio cuadrangular con soportales en dos de sus costados. La fuente central arroja finísimos chorros de agua a la que ya contiene la taza, produciendo un sonido rítmico, tranquilizador, en el silencio del lugar que se llena de la penumbra de una tarde agonizante.

Tan solo la tenue luz que se filtra por las celosías de algunas ventanas rompe la creciente oscuridad.

En ese mismo instante, un criado, tal como habitualmente hacía todos los anocheceres, encendió las tres lámparas de bronce que iluminaban el patio. En el interior de su pantalla cónica tienen el hueco conteniendo vasitos de cristal con el aceite que alimenta la mecha. Todas están colocadas en lugares adecuados que protegen la llama de los posibles vientos, recios y helados, del invierno. Rashida ordena a la criada que la espere en su habitación y se acerca despacio, con evidente desasosiego, hasta su padre.

—¡Salam Alaikum!¹⁶, abu —saluda, pero sin poder ocultar su nerviosismo; seguidamente, como era habitual en la educación familiar, le pregunta—: Querido padre, ¿cómo ha sido tu día? ¿Estás muy cansado?

Zuhayr capta de inmediato que su hija tiene algo en su interior que le preocupa. La conoce bien, sabe de su buen estado de ánimo, su jovialidad acostumbrada, de su mente serena a la hora de enfrentar las dificultades cotidianas. Por eso se alarma al verla en aquel estado.

—¿Qué te ocurre, pequeña, tienes algún problema? —le dice tras besarla cariñosamente.

¹⁶ Dios sea contigo.

Rashida duda cómo plantear la causa de su ansiedad.

Opta por la más sencilla: decir la verdad.

Con la decisión tomada, comienza exponiendo el motivo que le preocupa.

—Abu, ¿tienes conocimiento de la reciente pérdida de Wadi Ash, nuestra amada ciudad fronteriza?

—He oído rumores, querida Rashida —comienza diciendo—. Algo me ha comentado un mercader recién llegado de Mursah!¹⁷. Me contó haber visto alarmantes fogatas en las atalayas del camino...

—¿Qué quieres decir con eso? —interrumpe, un tanto cohibida, Rashida.

—Esas hogueras trasladan con la mayor rapidez, de torreón a torreón, casi siempre noticias importantes y urgentes. Dada la ruta que llevaba, lo que anunciaban bien podía ser la toma de Wadi Ash por tropas castellanas —queda en silencio un instante—. Esto parece confirmarse por ciertos rumores que corren por Gharnata.

A continuación, Rashida narra a su padre el incidente contemplado esta mañana en la placeta de la Alcaicería.

—Por lo que sé y me cuentas, creo que nuestro sultán debe estar enterado ya de tan dolorosa pérdida —asiente—. Aunque, a este tipo de sucesos, desafortunadamente, estamos hace tiempo acostumbrados, hija mía —y trata de consolarla—. No debes afligirte en exceso por ello.

Rashida lo mira con lágrimas en sus ojos, ahora presa de un estado de ansiedad extrema. La preocupación del padre va en aumento.

Abrazándola cariñosamente, la exhorta a que se explique.

—Abu, mi aflicción se debe, y deduzco por tus palabras que no lo recuerdas, por la suerte de Hasan, ya que él forma parte, como sabes, de la guarnición que defiende, o defendía, la plaza... ya perdida.

De repente, Zuhayr comprende la gravedad de la situación.

Conocía, por supuesto, y aprobaba las relaciones entre su hija y el joven oficial del ejército real.

¹⁷ Murcia.

La información que dispone referida a la toma de Wadi Ash no invita al optimismo, sino a todo lo contrario. Pero su fe en el Todopoderoso le animaba a mantener ciertas cotas de esperanza.

Y, por otra parte, no debe entristecer a su hija más de lo que está.

—Hija, en mis conversaciones con un mercader amigo mío y con otros conocidos, se habla que, al no existir otra alternativa, muchos de los sitiados pudieron abandonar la ciudad y salvar sus vidas —a él le dijeron que fueron muy pocos quienes lo consiguieron, pero esto último no pude comunicárselo—. ¿Por qué uno de esos fugitivos no podría ser mi apreciado Hasan? Por tanto, en nombre de nuestro Dios, te pido que analices estos hechos con serenidad.

—Abu, desearía hacerlo así, como tú dices —y ya con llanto desconsolado, añade—. ¡Pero no puedo, no puedo...!

Su padre atrae hacia su pecho la cabeza de Rashida.

—¡Cálmate! —exige con autoridad—. Solo así podremos seguir hablando y poner el problema en su lugar, hija. Pero aquí ya va haciendo mucho frío. Vamos presto a mi oficina y continuamos hablando ante una taza de alguna infusión tranquilizante.

Pasa el brazo por encima de sus hombros y con suavidad, pero con determinación, se la lleva en dirección al interior de la casa.

Una vez en su sala de trabajo, llama a un criado ordenándole traer sin tardar una infusión de passiflora, cuyos efectos bonancibles contra la ansiedad son generalmente conocidos.

Unos minutos después, y una vez consumida por ambos el vaso del tranquilizante, procura presentar a su hija una versión de los hechos más ilusionante. Acto seguido, cogiendo las sus manos con las suyas, le dice:

—Mi querida niña, mañana —promete— iré a Al-Hamra, visitaré las dependencias militares y pediré que se me informe con detalle del asunto que nos ocupa y preocupa.

—Gracias, abu.

La promesa de su progenitor le hace concebir alguna esperanza.

Se sirve y bebe otro vaso de la infusión que, aliñada con las alentadoras palabras de Zuhayr, espera que le ayuden a encontrar la

paz que precisa. Y, aunque lentamente, va recuperando el sosiego, la tranquilidad suficiente para reflexionar con lógica acerca de lo que está sucediendo.

En realidad, piensa, no existen datos determinantes para dar por hecha la muerte de Hasan. ¿Por qué no podía ser él uno de los supervivientes de la catástrofe ocurrida?

Quizá fuera de los que consiguieran abandonar aquel yahnam¹⁸.

Agarrándose a su fe, acaba pensando, y admitiendo, que solamente Allah, Soberano Supremo, está facultado para conocer cuál será el destino de cada hombre.

Bastante más calmada, decide, renunciando al suculento menú que conocía, retirarse a sus aposentos, indicando a una de las sirvas que le sirva una cena ligera antes de iniciar una de sus actividades favoritas y que siempre precedía al sueño.

Es Sabriyya la que aparece portando una bandeja para su ama. Sobre ella viene un tazón de arcilla lleno de aromática sopa de pollo¹⁹, aliñada con cebolla, apio y algunas especias. Como complemento, una jarra de agua y la tetera.

Una vez consumida con sumo deleite, la criada procede a retirar la vajilla, no sin antes preguntar:

—¿Desea algo más, mi joven ama?

Niega esta, mientras se dirige a la alcoba, donde dispone de una pequeña, aunque selecta, biblioteca con obras de sus autores preferidos.

—Solo deseo descansar —manifiesta dando palabra a su pensamiento.

Y añade al instante:

—Hemos tenido un día ajetreado, tú lo sabes bien. Leeré hasta la hora de la última oración del día. Que la paz sea con nosotras.

Una vez allí, ojea los títulos de su colección y elige una antología, regalo de su padre al cumplir dieciséis años, que contiene una

18 Fuego, infierno.

19 Harira.

selección de poemas de eminentes vates de la centenaria cultura andalusí. Con él de la mano, viste la ropa de dormir y se mete en la cama. Hojea el manual y se detiene en el capítulo del rey-poeta Al-Mutamid²⁰, emir de Isihbiliya²¹.

Y comienza la lectura:

«¡Ríndetel, me decían.

Pero con las lágrimas apenas dominadas,
y mi corazón partido por la pérdida,
pensé que la clara ponzoña es más dulce
que el sabor de la rendición».

Queda pensativa ante el mensaje que acaba de leer en la bella lírica de su ilustre antepasado y se lo aplica a ella misma. Con determinación se propone no dejarse llevar por la desesperanza ante la incierta suerte de su amado.

Ya amenazada por la venida del sueño, intenta apartar los pensamientos pesimistas, pues tiene seguridad, porque lo conoce, que lucharía por sobrevivir.

A él, a su querido Hasan, nada ni nadie podrían robarle la nobleza de sus acciones. Además, aún era muy joven para que la muerte se acordara de él. Ante estos pensamientos, una vaga esperanza se digna visitarla.

Rendida ya por la fatiga de la triste experiencia vivida durante el día, deja el documento, apaga la lámpara y espera de la benevolencia de Allah el descanso reparador que tanto precisa.

Antes de abandonarse al amable estado que regala el sueño, quiere creer que pronto vería al hombre de quien, hacía tiempo, está profundamente enamorada, tanto que no había sitio para otro en su joven corazón.

En esos momentos, preñados de somnolencia, cuando es corta la distancia entre la consciencia y la quimera, en el deleite de un pensamiento grato y el cansancio de una larga jornada, recuerda

20 Rey de Sevilla perteneciente a la dinastía abadí, fundada por Mohamed ben Abbad, primer emir de la taifa sevillana.

21 Sevilla.

las palabras de un poema que acababa de leer del citado emir sevillano. «Que esta separación sea como tu cintura: esbelta. Que sea como las flores de primavera; efímeras».

No, su amor por él no sería perecedero cual las flores de primavera, sino tan duradero como su vida. «Oh, Allah, cuánto deseo verlo de nuevo», piensa ya cercana a las fronteras de la somnolencia. Y confiando que los versos del poema se cumplieran en ella, y la separación con Hasan durara poco tiempo, se duerme.

